

Cuarta prueba

Una quimera se cierne sobre el mar que recalca en la costa donde, expectantes y todavía resguardados en el puerto, los marineros empiezan a soltar las amarras para luego apuntar las proas de sus embarcaciones hacia el horizonte más allá de los faros y de los abruptos. Participar en el apogeo de la Liguilla Dos Estaciones con la perspectiva y la extensión que la rodea, es una emocionante razón, única y diferente para cada uno de nosotros y parte del espíritu de cada barco y de su tripulación. Un lapso de tiempo aislado, independiente de los quehaceres cotidianos y enmarcado entre el cielo y el agua donde la esencia de la navegación y la regata, está en trazar un rumbo para luego intentar recorrerlo.

De la ilusión a la realidad, ahora el sol brilla, el fresco viento es del sureste flojo y a lo lejos, una marcada línea dibuja tendidas olas que aún no sentimos. Con marejadilla, corremos la línea de salida, maniobrando primero hacia un extremo y luego hacia el otro, al compás del cronómetro y de la observación instrumental de intensidad, dirección y ángulo de viento, apuntando en el último minuto al Comité, amurados a estribor, desventados y atrapados tras la estela de Nadir V y MYC One.

A veces pienso que sentir el viento en la cara es más inmediato, efectivo y real, aunque la tecnología diga todo lo contrario y nos obstinemos en depender de ella. Puntualmente sale la clase 1/2 hacia el islote del Toro, a la que seguiría la clase 3/4, la más numerosa de siempre: ¡treinta y dos veleros!

Varios bordos más tarde y habiendo librado solamente el cabo Llamp, un role de 90° propiciaba la entrada de un viento del suroeste bonancible que en el transcurso de la prueba iría arreciando y que cambiaría completamente la arquitectura del recorrido propuesto, desmereciendo la competición en sí ya que de una ceñida táctica y una empopada igualmente compleja, se pasaría a Códigos Cero de través, tanto de ida como de vuelta hacia el cabo Llebeitg de la isla Dragonera. La regata acabaría siendo una rápida procesión de ida y vuelta por todo el litoral de poniente, recorriendo veinte millas los mayores y algo más de catorce los más pequeños.

Resultados en mano antes de terminar el arroz de La Cantina, el Ropit IV, de Matias Enseñat cantaría su regreso dejando atrás en tiempo compensado al Nadir V, de Pedro Vaquer, vencíéndole por tan solo cuatro segundos; Hilbo, de Hillary Bradshaw luciría su renovada casta completando este reñido podio. A bordo del The Italian Job III nos recrearíamos cruzando la línea primeros en tiempo real con suficiente distancia como para soñar estar a la altura de los mejores tras nuestra espumante estela...

Andiria, de Tomeu Ozonas, navegaría a la perfección alzándose con la victoria; Azahar, de Hervé Grunig, en su mejor momento, segundo y Blaumarina, de Pedro Rigo, en su línea, tercero y líder provisional de la clase más numerosa antes de partir para participar en la segunda etapa de la “Transquadra”, regata transatlántica “a dos” en la que compite a bordo del Fragil V de Xisco Gil.

Un nuevo año acaba de empezar. En el Club de Vela mucho se ha trabajado para que todos los barcos, grandes y pequeños, rápidos y lentos, aguerridos y aprendices, puedan convivir y disfrutar de ser protagonistas e intérpretes de la historia que cuento, manteniéndose gracias a un equipo humano que sabe esforzarse, crecer y por qué no, soñar, una regata tras otra, sin discordancias.

Luca Monzani – Mavromatty